

*Lord John y un asunto
privado*

Diana Gabaldon

Esencia/Planeta

¿De qué trata la serie «Lord John»?



Es un subconjunto de libros que nace de la serie «Forastera». Está dedicada a lord John Grey, un importante personaje secundario de la serie principal.

Hace algunos años me invitaron a escribir una historia corta para una antología británica: historias de crímenes históricos.

—Vale —le dije al editor—, será un desafío interesante saber si soy capaz de escribir una historia con menos de trescientas mil palabras. Claro que acepto, ¿por qué no?

La primera pregunta que me hice, y la más evidente, fue: ¿sobre qué o sobre quién escribo? No quería utilizar a los personajes principales de la serie «Forastera» porque, debido a mi peculiar forma de escribir, si tuviera que incorporar algún incidente significativo en la historia (lo cual era necesario si quería que fuera una buena historia), se convertiría en un obstáculo para la siguiente novela.

Fue en ese punto cuando me planteé rescatar a lord John.

Aunque se trata de un personaje importante de dicha serie, lord John no siempre está presente. Aun cuando no aparece en alguna escena, es evidente que está, pues lo visualizamos a través de sus aventuras, y yo podía escribir sobre cualquiera de esas aventuras sin provocar complicaciones a futuras novelas. Además de esta ventaja, lord John es fascinante. Es lo que yo llamo

una «seta», esto es: uno de esos personajes no planeados que aparece de la nada y que se hace con el control de cualquier escena en la que aparece. Además, se comunica conmigo con mucho ingenio y facilidad.

Lord John es homosexual en una época en la que la homosexualidad era un pecado capital, y si alguien descubriera esto tendría mucho más que perder que la mayoría. Es miembro de una familia noble, es un oficial del ejército de Su Majestad, y ama tanto a su familia como a su regimiento. Si su vida privada quedase al descubierto supondría un grave problema, o incluso la destrucción, de ambas facetas de su vida. Ése es el motivo por el que vive inmerso en un conflicto permanente que, además, lo convierte en un personaje muy entretenido y sobre el que resulta muy fácil escribir. Así que para la antología británica creé un texto corto titulado *Lord John and the Hell-Fire Club*.

Fue una buena historia, que tuvo gran aceptación entre el público. Pero en cuanto se extendió la noticia por Estados Unidos, la antología dejó de imprimirse (para los bibliófilos curiosos, se tituló *Past Poisons* y fue editada por Maxim Jakubowski). Los lectores seguían preguntándome por la continuación del relato, y entonces pensé: «Lo cierto es que disfruté escribiéndolo. Tal vez debería desarrollar dos o tres historias cortas sobre lord John, mientras la inspiración me lo permita. Y cuando tenga unas cuantas podría publicarlas en un solo libro para que todos los “foros” puedan leer sus aventuras».

Y eso hice. Al regresar de un viaje para promocionar un libro, empecé a escribir la segunda historia sobre lord John, lo cual me sirvió para meterme de nuevo en mi rutina. Seguí trabajando en ella con una mano, mientras me ocupaba de mi novela con la otra; y seis meses más tarde ya estaba a punto de acabarla. Entonces tuve que emprender otro viaje promocional por Inglaterra, y

pasé por Nueva York para reunirme con mis dos agentes literarios.

Cuando estábamos comiendo, les comenté lo que había estado haciendo y mencioné que estaba a punto de acabar la segunda historia sobre lord John.

—¡Oh! —dijeron ellos—. ¿Es muy larga?

—Sabía que me lo preguntaríais —dije—, así que lo miré la pasada noche. Tiene unas ochenta y cinco mil palabras. Supongo que necesitaré otras cinco mil para acabarla.

Los agentes se miraron entre ellos, luego me miraron a mí y dijeron al unísono:

—¡Ésa es la longitud que normalmente tienen los libros!

—Yo pensaba que era una historia corta —dije yo.

—Pues no lo es —contestaron ellos. Entonces se pusieron a promocionarla y a venderla por todas partes. Los publicistas estaban emocionados:

—Es un libro de Gabaldon que no esperábamos, ¡y es corto! ¿Podrá repetirlo? —preguntaron con entusiasmo.

Mis agentes, que son grandes profesionales, respondieron:

—Claro que puede. —Y consiguieron un contrato para tres novelas sobre lord John Grey.

Así que, en realidad, los libros y las novelas cortas sobre lord John forman parte de la serie «Forastera». Sin embargo, se centran (no injustificadamente) en el personaje de John Grey. Y como lord John no viaja en el tiempo, he podido excluir ese elemento de la trama. Son historias más o menos estructuradas como misterio histórico, pero también incluyen —como todo lo que escribo— algún detalle sobrenatural o excéntrico. También hay sexo, aunque tampoco esto es extraño en mí. Y en ellas se hace referencia a hechos, personajes (en particular a Jamie Fraser) y situaciones que se relatan en dicha serie.

En términos cronológicos, los libros de lord John se sitúan en el período comprendido por *Viajera*, mientras Jamie Fraser está preso en Helwater. Así que si alguien se pregunta en qué orden deben leerse sin perder de vista las demás series, la respuesta es: después de haber terminado *Viajera*.

Más cronología: además de las tres obras sobre lord John, también he escrito varias novelas cortas para distintas antologías; escribí tres (dos publicadas anteriormente y la otra escrita específicamente para ese volumen) que están incluidas en *Lord John and the Hand of Devils*. Y existen dos novelas cortas más que se han publicado, o pronto se publicarán, en otras antologías. La historia corta original, *Hell-Fire Club*, es anterior a la primera novela y, sólo para confundirlo todo un poco más, estas novelas cortas deberían encajar entre las novelas principales.

Los libros principales y las novelas cortas son independientes y se pueden leer por separado y en cualquier orden. Sin embargo, si alguien las quiere leer por orden estricto, éste sería el correcto:

—*Lord John and the Hell-fire Club* es una novela corta, publicada originalmente en *Past Poisons* (ed. Maxim Jakubowski). Está incluida en *Lord John and the Hand of Devils*.

—*Lord John y un asunto privado* es la primera novela (accidental) de la serie sobre lord John Grey, y el libro responsable de que exista una serie completa sobre dicho personaje, que equivale a decir que lo escribí pensando que era una novela corta (qué queréis que os diga, cada uno tiene su propio criterio). La historia empieza cuando lord John ve algo sorprendente en su club de Londres, y no resulta nada fácil sorprenderlo teniendo en cuenta sus antecedentes y sus experiencias. Sus investigaciones sobre un sorprendente suceso que tiene lugar en el English Beefsteak, y el

consecuente asesinato de una mujer con un vestido de terciopelo verde, se entremezclan con el peligro personal y el riesgo constante, un riesgo que lord John está dispuesto a asumir.

—*Lord John and the Succubus* es una obra corta publicada originalmente en *Legends II*, un libro conformado por novelas cortas, escritas por maestros de la fantasía moderna, editado por Robert Silverberg. Está incluida en *Lord John and the Hand of Devils*.

—*Lord John y la Hermandad de la espada* es la segunda novela sobre lord John Grey y está ambientada en la guerra de los Siete Años. Lord John persigue un mortal secreto familiar y mantiene una aventura amorosa, que tiene como telón de fondo un siglo XVIII salpicado de política, traición y batallas. Diecisiete años atrás, el padre de Grey, el duque de Pardloe, se suicidó pocos días antes de que le acusaran de ser un traidor jacobita. El hermano mayor de Grey consiguió reunir un regimiento para luchar en la batalla de Culloden y así logró redimir el nombre de la familia con la ayuda de Grey, que en esos momentos es general del regimiento. Pero ahora, en vísperas del nuevo matrimonio de su madre, y cuando el regimiento está a punto de irse a Alemania, los acecha una misteriosa amenaza que vuelve a poner sobre la mesa la muerte del duque y provoca un doble conflicto que enfrentará a los hermanos Grey, mientras hacen cara a su pasado.

—*Lord John and the Haunted Soldier* es una novela corta, publicada sólo en *Lord John and the Hand of Devils*.

—*Lord John and the Hand of Devils* es una colección de tres novelas cortas: *Hell-Fire Club*, *Succubus* y *Haunted Soldier*. En estas historias lord John jura vengar un asesinato, investiga a una terri-

ble bruja que deambula por los campos de batalla europeos y descubre la traición entre los hombres de Su Majestad. Las primeras dos novelas cortas se publicaron originalmente en antologías, mientras que *Haunted Soldier* se escribió de modo expreso para este libro. Se puede encontrar otra novela corta sobre lord John, *The Custom of the Army*, en una antología titulada *Warriors* (editada por George R. R. Martin y Gardner Dozois).

—*Lord John and the Custom of the Army* es una novela corta, publicada originalmente en *Warriors I*, editada por George R. R. Martin y Gardner Dozois.

—*Lord John and the Plague of Zombies* es una novela corta, publicada en *Down these Strange Streets*, editada por George R. R. Martin y Gardner Dozois en octubre de 2011.

—*The Scottish Prisoner* es el último libro de la serie, y se publicó el 29 de noviembre de 2011. Está ambientada en Londres, 1760.

Para Jamie Fraser, prisionero de guerra en el lejano distrito del lago, la vida podría ser mucho peor: no está cortando caña de azúcar en las Indias Orientales y vive cerca de su hijo a pesar de no poder proclamar su paternidad. Pero la tranquila existencia de Jamie se está viniendo abajo. Primero lo atormentan los sueños de la esposa que perdió, y más tarde aparece Tobbias Quinn, un antiguo camarada junto al que luchó durante el Levantamiento.

Como muchos de los jacobitas que están vivos o en prisión, Quinn sigue viviendo y respirando por la causa. Su último plan está basado en una antigua reliquia que unirá de nuevo a los irlandeses. Jamie no quiere ni oír hablar del tema; ha renegado de la política, la lucha y la guerra. Pero entonces lord John Grey aparece con una cita que le alejará una vez más de todo cuanto ama.

Lo que dice la crítica...

«De los salones literarios londinenses y la intriga política a las aterradoras batallas de la guerra de los Siete Años; la prosa de Galbaldon siempre es intensa y a menudo lírica. El segundo elemento fascinante es el propio lord John. Tiene unos treinta años, es atractivo, atento y valiente, y es homosexual en una época en la que eso es más que suficiente para arruinar la vida de cualquier aristócrata y para llevar a un soldado a las puertas del patíbulo. De más está decir que esto no detiene la lucha de lord John por conseguir una apasionada vida sexual, una vida que atraerá la curiosidad de muchos lectores.»

The Washington Post



En el que por primera vez practicamos el engaño

Londres, junio de 1757

*Club de Caballeros Beefsteak,
sociedad para el reconocimiento del filete inglés*

Era de esa clase de cosas que por un momento uno desea no haber visto, porque así la vida resultaría mucho más cómoda.

El asunto no tenía nada de escandaloso en sí mismo; lord John Grey había visto cosas mucho peores, de hecho podía ver cosas mucho peores sólo con salir del Beefsteak a la calle. La florista que le había vendido un ramito de violetas a la entrada del club tenía una herida que supuraba en el dorso de la mano. El portero, un veterano de las Américas, tenía una lívida cicatriz de *tomahawk* que le iba desde la raíz del pelo hasta la mandíbula, cruzándole la cuenca del ojo cegado. En comparación, la llaga en el miembro del honorable Joseph Trevelyan era una nimiedad, casi podría decirse que discreta.

—Ni tan profunda como un pozo, ni tan ancha como una puerta —musitó Grey para sus adentros—. Pero bastará. Maldita sea.

Salió de detrás del biombo chino, llevándose las violetas a la nariz. Su olor dulzón no conseguía disimular el acre aroma que emanaba de las bacinillas. Estaban a principios del mes de junio, y el Beefsteak, como cualquier otro local de Londres, olía a orines de cerveza y espárragos.

Trevelyan había abandonado la intimidad del biombo chino antes que lord John, sin percatarse de lo que éste había descu-

bierto. El honorable Joseph Trevelyan se encontraba ahora al otro lado del comedor, enzarzado en una entretenida conversación con lord Hanley y el señor Pitt, y con su sobria elegancia era la viva imagen del buen gusto. «Tiene el pecho hundido», pensó Grey, poco caritativo, a pesar de que el traje de un finísimo tono morado se había hecho a medida y de la mejor manera posible para disimular la delgadez del caballero. Y también tenía las piernas como palillos; Trevelyan cambió de pierna de apoyo y una sombra parpadeó en su pantorrilla izquierda, allí donde el escuálido músculo se había movido bajo la media de seda con cenefa.

Lord John daba vueltas al ramillete con expresión crítica, como si lo inspeccionara en busca de alguna flor marchita, pero observando al caballero disimuladamente. Sabía muy bien cómo hacerlo. Habría dado cualquier cosa por eliminar esa manía suya de observar furtivamente; a ella le debía que ahora se enfrentara a semejante dilema.

En circunstancias normales, el descubrimiento de que un conocido padecía el mal francés no habría dado pie más que a una vaga repugnancia, en el peor de los casos, o a una simpatía desinteresada en el mejor de ellos, además de inspirarle una sincera gratitud por no ser él mismo el afectado. Por desgracia, el honorable Joseph Trevelyan no era un mero conocido del club: era el prometido de la prima de Grey.

El camarero musitó algo a su lado; en un simple acto reflejo, Grey le entregó el ramillete y lo despachó con un ademán.

—No, todavía no voy a comer. Espero al coronel Quarry.

—Muy bien, milord.

Trevelyan se había sentado con sus acompañantes a una mesa en el otro extremo del comedor, y su enjuto rostro enrojecía al reír las bromas de Pitt.

Grey no podía quedarse allí de pie, mirándolo ceñudo; vaciló, dudando entre cruzar el comedor para ir a la sala de fumar y esperar allí a Quarry, o seguir quizá por el pasillo hasta la biblioteca. Sin embargo, finalmente se vio detenido en sus propósitos por la inopinada entrada de Malcolm Stubbs, teniente de su mismo regimiento, que lo saludó con complacida sorpresa.

—¡Comandante Grey! ¿Qué le trae por aquí? Pensaba que sólo frecuentaba el White's. ¿Se ha cansado ya de la política?

Stubbs no era más alto que Grey, pero le doblaba en corpulencia; tenía la cara ancha de un querubín, los ojos grandes y azules, y un carácter alegre y afable que le granjeaba el afecto de sus hombres, aunque no siempre el de sus superiores.

—Hola, Stubbs. —Grey sonrió a pesar de su desasosiego. Stubbs era un amigo ocasional, aunque sus caminos apenas se cruzaban fuera del regimiento—. No; me confunde usted con mi hermano Hal. Esas artimañas izquierdistas se las dejo a él.

—¡Artimañas izquierdistas! Ah, ésa sí que es buena, Grey, muy buena. Tengo que recordarlo para contárselo al Viejo.

El Viejo era el padre de Stubbs, un baronet de rango menor con ideas políticas claramente izquierdistas, que sin duda conocía tanto el White's Club como al hermano de lord John.

—Entonces, ¿es usted socio de aquí, Grey? ¿O un invitado como yo? —Recuperado de su ataque de hilaridad, Stubbs señaló con un gesto el amplio comedor de blancos manteles, lanzando una mirada de admiración al impresionante despliegue de licore-ras dispuestas junto al camarero, sobre un aparador.

—Socio.

Trevelyan estaba inclinando la cabeza cordialmente ante el duque de Gloucester, quien le devolvió el saludo. Desde luego, Trevelyan conocía a todo el mundo. Con un pequeño esfuerzo, Grey volvió a prestar atención a Stubbs.

—Mi padrino me inscribió en el Beefsteak cuando nació. A los siete años, cuando según él los niños entran en la edad de la razón, empezó a traerme a almorzar aquí todos los miércoles. Perdí la costumbre cuando estuve en el extranjero, por supuesto, pero vuelvo siempre que me encuentro en la ciudad.

El sumiller se inclinaba para ofrecer a Trevelyan una licorera con oporto; Grey reconoció la etiqueta dorada y grabada en relieve del cuello: un San Isidro, a cien guineas el barril. Rico, bien relacionado... y contagiado. Diablos, ¿qué podía hacer él al respecto?

—¿Su anfitrión aún no ha llegado? —Tomó a Stubbs por el codo y lo dirigió a la puerta—. Venga entonces, tomemos algo en la biblioteca.

Caminaron por la alfombra agradablemente raída que cubría el pasillo, charlando de temas intrascendentes.

—¿A qué viene el uniforme de gala? —preguntó Grey en tono desenfadado, echando una rápida ojeada a los galones de Stubbs.

El Beefsteak no era un club frecuentado por soldados, a pesar de que unos cuantos oficiales del regimiento eran socios, pero no solían ir de uniforme, salvo cuando se detenían allí de camino hacia alguna misión oficial. El propio Grey vestía el uniforme sólo porque iba a encontrarse con Quarry, que jamás llevaba otro atuendo en público.

—Tengo que visitar a una viuda más tarde —contestó Stubbs, con expresión resignada—. No me va a dar tiempo a cambiarme.

—Ah, ¿y quién se ha muerto?

Stubbs se refería a la visita oficial que se hacía a la familia de un miembro del regimiento que hubiera fallecido, para dar el pésame e informarse acerca de la situación de la viuda. Cuando se trataba de un soldado raso, la visita podía incluir la entrega de una pequeña cantidad de dinero aportada por los amigos del sol-

dado y sus superiores inmediatos; con suerte, bastaba para un entierro decente.

—Timothy O’Connell.

—¿En serio? ¿Qué ocurrió?

O’Connell era un irlandés de mediana edad, hosco, pero competente; un soldado veterano que había ascendido a sargento gracias a su habilidad para aterrorizar a los subordinados, habilidad que Grey había envidiado como subalterno de diecisiete años y que diez años más tarde seguía respetando.

—Lo mataron en una pelea callejera anteanoche.

Grey enarcó las cejas.

—Debió de ser atacado por una turba —dijo—, ¿o es que lo pillaron desprevenido?

Habría apostado por O’Connell sin dudar en cualquier pelea medio justa.

—No estoy al corriente de los detalles; pensaba preguntárselo a la viuda.

Grey tomó asiento en uno de los viejos pero cómodos sillones orejeros de la biblioteca del Beefsteak e hizo una seña a uno de los criados.

—Brandy... ¿usted también, Stubbs? Sí, dos copas de brandy, por favor. Y que alguien me avise cuando llegue el coronel Quarry, ¿quiere?

—Gracias, camarada; la próxima vez, véngase a mi club y deje que le invite yo. —Stubbs se desabrochó la vaina del sable y se lo entregó al criado antes de acomodarse a su vez—. Por cierto, el otro día me encontré con su prima —comentó, hundiendo su amplio trasero en el sillón—. Paseaba a caballo por el Row. Una hermosa joven. Buena amazona —añadió diplomáticamente.

—Vaya. ¿Y cuál de mis primas era? —preguntó Grey, con una leve sensación de abatimiento. Tenía varias primas, pero sólo dos

a las que Stubbs pudiera admirar, y tal como se estaba desarrollando el día...

—La joven Pearsall —respondió Stubbs alegremente, confirmando el presentimiento de Grey—. ¿Olivia? ¿Es ése su nombre? Oiga, ¿no está prometida a ese tal Trevelyan? Me ha parecido verlo ahora mismo en el comedor.

—Cierto —asintió Grey escuetamente, con pocas ganas de hablar sobre el honorable Trevelyan en ese momento. Pero una vez embarcado en una conversación, era tan difícil apartar la atención de Stubbs como desviar una bala de cañón que rodara cuesta abajo, y Grey se vio obligado a escuchar los pormenores de las actividades de Trevelyan y su privilegiada posición social, aspectos de los que estaba muy al corriente—. ¿Alguna noticia de la India? —preguntó al final, desesperado.

Su estratagema dio resultado; casi todo Londres sabía que Robert Clive le pisaba los talones al nawab de Bengala, pero Stubbs tenía un hermano en el 46.º de Infantería, que por entonces asediaba Calcuta a las órdenes de Clive, y se hallaba por tanto en disposición de ofrecer detalles truculentos que aún no habían llegado a las páginas de los periódicos.

—... tantos prisioneros británicos apiñados, me decía mi hermano, que cuando caían por el calor, no había lugar donde poner los cuerpos; los que seguían vivos se veían obligados a pisotear a los caídos. Decía —Stubbs miró a su alrededor, bajando ligeramente la voz— que algunos de aquellos pobres muchachos se habían vuelto locos por la sed. Que se bebían la sangre. Cuando moría alguno de ellos, me refiero. Le rajaban la garganta, las muñecas, desangraban el cuerpo y luego lo dejaban tirado. Bryce decía que apenas se reconocía a la mitad de los muertos cuando los sacaron de aquel sitio, y...

—¿Cree que nosotros también iremos allí? —lo interrumpió Grey, apurando su copa y haciendo señas para que les sirvieran

una nueva ronda, con la débil esperanza de conservar algún vestigio de su apetito para la comida.

—No lo sé. Quizá, aunque la semana pasada me llegó cierto rumor de que más bien podríamos acabar en las Américas. —Stubbs sacudió la cabeza, ceñudo—. La verdad es que no sé si prefiero un hindú o un mohawk, son todos unos auténticos animales. Pero hay muchísimas más ocasiones de hacer méritos en la India, en mi opinión.

—Si uno logra sobrevivir al calor, los insectos, las serpientes venenosas y la disentería, sí, desde luego —comentó Grey. Cerró los ojos en un momentáneo éxtasis, saboreando la agradable brisa inglesa de junio que entraba por la ventana abierta.

Abundaban las especulaciones y los rumores sobre el siguiente destino del regimiento: Francia, la India, las colonias americanas... quizá uno de los estados alemanes, o Praga, en el frente ruso, o incluso las Indias Occidentales. Gran Bretaña combatía contra Francia por la supremacía en tres continentes, y un soldado tenía amplias y variadas oportunidades.

Pasaron un amigable cuarto de hora enzarzados en conjeturas ociosas, tiempo durante el cual la mente de Grey divagó libremente, volviendo a las dificultades que planteaba su inoportuno descubrimiento. En circunstancias normales, Hal se habría ocupado de solucionar el problema con Trevelyan. Pero su hermano mayor se encontraba en el extranjero en aquellos momentos, en Francia, y era imposible ponerse en contacto con él, por lo que la cuestión recaía sobre Grey. La boda entre Trevelyan y Olivia Pear-sall había de celebrarse al cabo de seis semanas; tenía que hacerse algo y rápido.

Tal vez sería mejor consultar con Paul o con Edgar, pero ninguno de sus hermanastros frecuentaba los círculos sociales; Paul llevaba una vida rústica en su finca de Sussex y apenas viajaba

más allá del mercado de la localidad más cercana. En cuanto a Edgar... no, Edgar no sería de ayuda. Su idea de tratar discretamente la cuestión consistiría en azotar a Trevelyan en las escalinatas de Westminster.

La aparición de un camarero en el umbral de la puerta, anunciando la llegada del coronel Quarry, puso punto final a sus divagaciones por el momento.

Se levantó y tocó el hombro de Stubbs.

—Venga a buscarme después de almorzar, ¿le parece bien? —sugirió—. Lo acompañaré a visitar a la viuda, si no le importa. O'Connell era un buen soldado.

—Ah, ¿en serio? Es usted muy amable, gracias. —Stubbs parecía realmente agradecido; dar el pésame a las viudas no era lo suyo.

Por fortuna, Trevelyan había concluido ya y se había marchado; los camareros recogían las migas de la mesa vacía cuando Grey entró en el comedor. Mejor; se le habría revuelto el estómago si hubiera tenido que estar viendo a aquel hombre mientras cenaba.

Saludó a Harry Quarry cordialmente e hizo un esfuerzo para mantener la conversación durante la sopa, aunque seguía teniendo la cabeza en otra parte. ¿Debía pedirle consejo a Harry? Vaciaba, con la cuchara hundida en el plato. Quarry era campechano y a menudo de modales zafios, pero era un juez perspicaz del carácter humano y muy al corriente sobre los aspectos más escabrosos de las relaciones personales. Era de buena familia y conocía bien las reglas de la alta sociedad. Por encima de todo, podía confiar en que sabría guardar un secreto.

Bien. En todo caso, hablar del asunto podría servirle al menos para aclararse él mismo. Tragó la última cucharada de caldo y dejó la cuchara en el plato.

—¿Conoces a Joseph Trevelyan?

—¿Al honorable señor Trevelyan? ¡Su padre es baronet, su hermano está en el Parlamento, tiene una fortuna en estaño de Cornualles y grandes intereses en la Compañía de las Indias Orientales! —Harry enarcó las cejas en una mueca irónica—. Una joya. ¿Por qué?

—Está prometido con mi joven prima, Olivia Pearsall. Yo... me preguntaba tan sólo si habías oído algo con respecto a su carácter.

—Un poco tarde para hacer ese tipo de averiguaciones, ¿no?, teniendo en cuenta que ya están prometidos. —Quarry levantó la cuchara de la sopa con un trozo de verdura inidentificable, la observó con ojo crítico, luego se encogió de hombros y se la metió en la boca—. Y de todas maneras no es asunto tuyo, ¿no? Sin duda el padre de ella habrá indagado por su parte y habrá quedado satisfecho.

—No tiene padre, ni madre. Es huérfana y mi hermano Hal ha sido su tutor durante los últimos diez años. Vive en casa de mi madre.

—¿Hum? Ah. No lo sabía. —Quarry masticó pan lentamente, bajando las espesas cejas con gesto pensativo al mirar a su amigo—. ¿Qué ha hecho? Me refiero a Trevelyan, no a tu hermano.

Lord John alzó las cejas a su vez, mientras jugueteaba con la cuchara.

—Nada, que yo sepa. ¿Por qué tendría que haber hecho algo?

—Si no hubiera hecho nada, no me harías preguntas sobre su carácter —señaló Quarry con toda lógica—. Suéltalo ya, Johnny; ¿qué ha hecho?

—No es tanto lo que ha hecho como el resultado de ello. —Lord John se echó hacia atrás, esperando a que el camarero se alejara con el plato y no pudiera oírlo. Se inclinó entonces un poco,

bajando la voz más allá de lo que la discreción exigía, pero sintiendo de todas formas que se ruborizaba.

«Es absurdo», pensó. Cualquier hombre podría haber mirado casualmente, pero sus propias inclinaciones le llevaban a mostrarse más delicado de lo normal en semejante situación; no soportaba la idea de que alguien sospechara de él que se dedicaba a observar deliberadamente. Ni siquiera Quarry, quien, de haberse hallado en su mismo caso, sin duda habría agarrado a Trevelyan por el ofensivo miembro y le habría exigido a gritos una explicación.

—Pues... antes he tenido que retirarme —señaló con la cabeza el biombo chino— y por casualidad he coincidido con Trevelyan. Y... esto... en fin... he visto... —Por Dios, se había ruborizado como una doncella; Quarry sonreía al verlo azorado—. Creo que es sífilis —terminó, con apenas un hilo de voz.

La sonrisa se borró bruscamente del rostro de Quarry, que echó una ojeada al biombo chino, de detrás del cual en aquel momento salían lord Dewhurst y un amigo, enfrascados en animada conversación. Al notar la mirada de Quarry sobre él, Dewhurst bajó la vista automáticamente para cerciorarse de que se había abotonado. Tras comprobar que así era, miró ceñudo a Quarry y se volvió hacia su mesa.

—Sífilis. —Quarry bajó la voz, pero aun así era mucho más fuerte de lo que Grey hubiera deseado—. ¿Has dicho sífilis?

—Sí.

—¿Estás seguro de que no te lo has imaginado? En fin, en la penumbra, entreviéndolo apenas con el rabillo del ojo... Es fácil equivocarse, ¿verdad?

—No lo creo —replicó Grey con voz tensa. Al mismo tiempo, su mente se aferró esperanzada a tal posibilidad. Era cierto que apenas lo había vislumbrado. Tal vez estuviera equivocado... La idea se le antojaba sumamente tentadora.

Quarry volvió a mirar el biombo chino. Las ventanas estaban abiertas de par en par y el espléndido sol de junio entraba a raudales. El aire era como el cristal; Grey distinguía cada grano de sal en el mantel de hilo, pues en su agitación había volcado el salero.

—Ah —suspiró Quarry. Guardó silencio unos instantes, trazando un dibujo con el índice en la sal derramada.

No preguntó cómo reconocía Grey ese tipo de llaga. Cualquier oficial joven probablemente se habría visto obligado de vez en cuando a acompañar al médico que examinaba a los soldados, para anotar los nombres de los que estuvieran tan enfermos que tuvieran que ser dados de baja. La variedad de formas y tamaños —por no hablar del estado— que se observaba en tales ocasiones solía ser motivo de hilaridad en el comedor de oficiales después de cada inspección médica.

—Bien, ¿y qué prostíbulo frecuenta? —preguntó Quarry, alzando la vista y quitándose la sal del dedo.

—¿Cómo? —Grey lo miró con rostro inexpresivo.

Quarry enarcó una ceja.

—Trevelyan. Si tiene la sífilis, se habrá contagiado en alguna parte, digo yo.

—Sin duda.

—Pues eso. —Quarry se recostó en la silla, complacido.

—No tiene por qué haberse contagiado en un burdel —hizo notar Grey—. Aunque debo admitir que es lo más probable. ¿Qué importa eso?

Quarry alzó ahora ambas cejas.

—Lo primero es asegurarse de que es cierto, ¿eh?, antes de propagar por todo Londres semejante acusación. Supongo que no querrás insinuarle tú mismo al susodicho caballero para poder observarlo más de cerca.

Quarry sonrió de oreja a oreja y Grey sintió que le subía la sangre a la cara y le enrojecía el cuello.

—No —respondió escuetamente. Luego se recobró y se recostó un poco en la silla—. No es mi tipo —concluyó, arrastrando las palabras, y sacudiéndose una imaginaria miga de la chorrera.

Quarry rió a carcajadas con el rostro encendido también por la mezcla del clarete y la diversión. Hipó, volvió a reír y dio dos palmadas sobre la mesa.

—Bueno, las rameras no son tan quisquillosas. Y si una fulana vende su cuerpo, también venderá cualquier otra cosa que tenga, incluso información sobre sus clientes.

Grey miró al coronel sin comprender, hasta que captó su propuesta.

—¿Me estás sugiriendo que utilice a una prostituta para comprobar mi impresión?

—Eres listo, Grey, un auténtico lince. —Quarry asintió e hizo chasquear los dedos para pedir más vino—. Pensaba más bien en encontrar a una que ya le hubiera visto el miembro, pero lo que tú propones es mucho más fácil. No tienes más que invitar a Trevelyan a acompañarte a tu convento favorito, deslizarle unas palabras a la abadesa, además de unas cuantas libras, ¡y ya está!

—Pero yo... —Grey se interrumpió antes de admitir que, no sólo no frecuentaba un burdel en concreto, sino que hacía años que no visitaba tales establecimientos. Había conseguido suprimir con éxito el recuerdo de su última experiencia; ya ni siquiera sabía en qué calle se encontraba el edificio en cuestión.

—Conseguirás cerrar el trato —le aseguró Quarry, haciendo caso omiso de su turbación—. Y no creo que te salga muy caro; con dos libras bastará seguramente, tres a lo sumo.

—Pero cuando averigüe si se confirman o no mis sospechas...

—Bueno, si no está contagiado, no existirá el problema, y si lo está... —Quarry entornó los ojos, sumido en honda reflexión—. Hum. Bien, a ver qué te parece esto. Supón que llegas a un acuerdo con su ramera para que, después de mirárselo bien, empiece a chillar y a armar escándalo, entonces tú saldrás corriendo de tu habitación, porque lógicamente querrás saber qué pasa; al fin y al cabo, podría haber fuego en la casa, ¿no? —Soltó una breve carcajada al imaginar la escena y luego retornó a su plan—. Entonces, si lo pillas con los pantalones bajados, por así decirlo, y la cuestión queda de manifiesto sin lugar a dudas, creo que no tendrá más remedio que hallar algún motivo para romper el compromiso él mismo. ¿Qué me dices a eso?

—Supongo que podría funcionar —convino Grey despacio, tratando de imaginar la escena tal como la describía Quarry. Suponiendo que encontrara a una puta con suficiente talento histriónico... además, a fin de cuentas no habría necesidad de que Grey utilizara los servicios del burdel personalmente.

El vino llegó y ambos hombres callaron momentáneamente mientras se servía. Pero cuando el camarero se fue, Quarry se inclinó sobre la mesa con ojos centelleantes.

—Házmelo saber cuando decidas el día; ¡no me lo perdería por nada del mundo!



Visita a la viuda

—Francia —decía Stubbs con desagrado, abriéndose paso entre la multitud de Clare Market—. Otra vez la dichosa Francia de los demonios, ¿no es increíble? He comido con DeVries y me ha dicho que lo ha sabido directamente por el viejo Willie Howard. ¡Seguramente para proteger los astilleros en esa apesotosa ciudad de Calais!

—Seguramente —repitió Grey, esquivando la carretilla de un vendedor de pescado—. ¿Y cuándo, lo sabe? —Imitaba el fastidio de Stubbs ante la idea de un rutinario destino en Francia, pero en realidad la noticia lo satisfacía.

No era inmune al espíritu aventurero de cualquier soldado, y le habría gustado visitar la exótica India. Sin embargo, también era consciente de que ese destino seguramente lo mantendría alejado de Inglaterra durante dos años o más... lejos de Helwater.

En cambio, si los enviaban a Calais o Ruán... podría regresar cada pocos meses sin mayores dificultades y cumplir la promesa que había hecho a su prisionero jacobita, un hombre que sin duda se alegraría de no volver a verlo jamás.

Desechó tal idea resueltamente. No se habían separado como buenos amigos... bueno, ni siquiera como amigos. Pero Grey tenía la esperanza de que el tiempo curara la herida. Al menos Jamie Fraser estaba a salvo, con comida y alojamiento decentes, y disfrutaba de toda la autonomía que podía permitirle la libertad condicional. Grey se consolaba imaginándolo caminando a largas zancadas por

los altos páramos de Lake District, la región de los lagos del noroeste de Inglaterra, con el rostro vuelto hacia el sol, mientras la misma brisa que empujaba las nubes azotaba su espesa cabellera de color caoba y le pegaba la camisa al cuerpo, fuerte y esbelto, ceñido por los pantalones.

—¡Eh! ¡Por aquí!

Un grito de Stubbs lo sacó bruscamente de su ensoñación; se dio la vuelta y vio al teniente, que le dirigía gestos impacientes desde una calle lateral.

—¿Dónde tiene hoy la cabeza, comandante?

—Estaba pensando en el nuevo destino. —Grey pasó por encima de una perra sarnosa que dormitaba tendida en medio de la calle, sin prestarle atención ni a él ni a la camada de cachorrillos que mamaban—. Si vamos a Francia, al menos el vino será decente.

La viuda de O'Connell vivía encima de una botica en Brewster's Alley, un callejón tan angosto que las fachadas de los edificios casi se tocaban y la luz del sol no conseguía penetrar hasta el suelo. Stubbs y Grey caminaban por la húmeda y oscura calleja, apartando a puntapiés los trastos que los habitantes de la zona consideraban demasiado decrepitos para ser utilizados.

Grey siguió a Stubbs, que entró por la estrecha puerta de la botica, pasando bajo un letrero en el que se leía «F. Scanlon, boticario», en letras desvaídas. Se detuvo y dio una patada en el suelo para deshacerse de un trozo de vegetación putrefacta que se le había pegado a la bota, luego alzó la vista al oír una voz que procedía de las sombras del fondo de la botica.

—Buenos días tengan, caballeros. —El tono de voz era bajo y con un acusado acento irlandés.

—¿El señor Scanlon?

Grey parpadeó en la penumbra y distinguió al propietario, un hombre moreno y corpulento que se inclinaba sobre el mostrador como una araña, con los brazos extendidos, como dispuesto a alcanzar al momento cualquier clase de mercancía que le fuera solicitada.

—Finbar Scanlon, en persona. —El hombre inclinó la cabeza cortésmente—. ¿Y en qué podría tener el placer de servirles, señores, si me permiten la pregunta?

—Buscamos a la señora O'Connell —dijo Stubbs escuetamente, señalando con un pulgar hacia arriba, al tiempo que se dirigía al fondo de la botica sin esperar invitación alguna.

—Ah, pues en este momento no se encuentra aquí —repuso el boticario, deslizándose rápidamente desde detrás del mostrador para interponerse en su camino. La brisa que entraba por la puerta agitaba la desvaída cortina de hilo a rayas que había a su espalda y que, presumiblemente, ocultaba la escalera que llevaba al piso superior.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Grey con brusquedad—. ¿Ha de regresar?

—Oh, sí. Ha ido a la vuelta de la esquina para hablar del funeral con el sacerdote. Imagino que estarán ustedes al tanto de su reciente pérdida. —Los ojos de Scanlon pasaron de un oficial al otro tratando de adivinar sus intenciones.

—Por supuesto —respondió Stubbs brevemente, molesto por la ausencia de la señora O'Connell. No le apetecía en absoluto alargar su misión—. Por eso hemos venido. ¿Volverá pronto?

—Oh, eso yo no puedo decírselo, señor. Tal vez tarde un rato. —El boticario se acercó al cerco de luz que entraba por la puerta. Grey vio entonces que se trataba de un hombre de mediana edad, de ojos negros y cabello canoso pulcramente recogido, pero fornido y con un atractivo rostro bien afeitado—. ¿Puedo ayudar-

los, señor? Si desean ustedes darle el pésame a la viuda, con mucho gusto se lo transmitiré de su parte. —El hombre miró a Stubbs abiertamente a los ojos, pero Grey vio en ellos un destello especulativo.

—No —dijo, adelantándose a la respuesta de Stubbs—. La esperaremos en sus habitaciones. —Se volvió hacia la cortina de rayas, pero el boticario lo sujetó por el brazo para detenerlo.

—¿No querrían beber algo, caballeros, para entretener la espera? Es lo menos que puedo hacer, por respeto al difunto. —El irlandés hizo un gesto invitándolos a pasar detrás del mostrador, en cuyos atestados estantes se mezclaban varias botellas de licor entre los frascos y tarros de la botica.

—Hum. —Stubbs se pasó los nudillos por la boca, con los ojos en la botella—. Realmente el paseo ha sido largo.

Lo había sido, en efecto, y también Grey aceptó la bebida, aunque con cierta reticencia, al ver los largos dedos de Scanlon eligiendo varios tarros y botes vacíos para utilizarlos como vasos.

—Por Tim O’Connell —dijo Scanlon, alzando su bote, cuya etiqueta mostraba el dibujo de una mujer desmayada en un diván—. El mejor soldado que haya empuñado jamás un mosquete para matar a un francés. ¡Que en paz descanse!

—Por Tim O’Connell —musitaron Stubbs y Grey al unísono, alzando sus tarros en breve reconocimiento.

Grey se volvió ligeramente al llevarse el tarro a los labios, para que la luz que entraba por la puerta iluminara el contenido. El líquido desprendía un intenso olor al producto que antes había llenado el tarro —¿anís, alcanfor?—, más fuerte que el efluvio del licor, pero al menos no había ningún resto sospechoso flotando en él.

—¿Sabe dónde mataron al sargento O’Connell? —preguntó Grey con un leve carraspeo, bajando el vaso improvisado tras un

breve sorbo. El líquido parecía alcohol puro, claro e insípido, pero potente. Notó que le abrasaba el paladar y las fosas nasales.

Scanlon bebió, tosió y parpadeó con los ojos llorosos —presumiblemente por el licor más que por la emoción— y luego negó con la cabeza.

—En algún lugar cerca del río, es todo lo que sé. Pero el policía que vino a traer la noticia dijo que le habían dado una buena paliza. Que le habían pegado en la cabeza en alguna pelea de taberna y que quizá luego lo habían pisoteado en medio del jaleo. El agente mencionó que tenía huellas de zapatos en la frente, que Dios se compadezca del pobre hombre.

—¿No se ha arrestado a nadie? —resolló Stubbs, sofocado por el esfuerzo de contener la tos.

—No, señor. Según tengo entendido, el cuerpo fue hallado medio hundido en el agua, en los escalones del embarcadero de Puddle Dock. Lo más probable es que el dueño de la taberna lo arrastrara y lo dejara allí tirado para evitarse las molestias de que hallaran un cadáver en su local.

—Es probable —repitió Grey—. ¿Así que nadie sabe exactamente dónde ni cómo se produjo la muerte?

El boticario negó con la cabeza solemnemente, cogiendo de nuevo la botella.

—No, señor. Claro que nadie sabe dónde ni cuándo va a morir, ¿verdad? Lo único seguro es que un día abandonaremos este mundo, y que el cielo nos conceda que seamos bienvenidos en el otro. ¿Un trago más, caballeros?

Stubbs aceptó y se aposentó cómodamente en el taburete que le ofrecía, apoyando una bota en el mostrador. Grey rehusó beber más y se paseó por la botica con aire indiferente y el vaso en la mano, inspeccionando despreocupadamente los artículos mientras los otros dos entablaban una conversación cordial.

El boticario parecía hacer su agosto con refuerzos para la virilidad, profilácticos para evitar embarazos y remedios para la gota, la gonorrea y otros riesgos de la actividad sexual. Grey dedujo que había un burdel por allí cerca y sintió de nuevo cierta desazón al recordar al honorable Joseph Trevelyan, cuya existencia había conseguido olvidar momentáneamente.

—Ésos se suministran también con cintas que llevan los colores del regimiento, señor —le dijo Scanlon al ver que se detenía ante el vistoso surtido de «Condomes diseñados para caballeros», con una muestra de cada modelo en un molde de cristal y las cintas que cerraban el artefacto enrolladas delicadamente en torno a la base del molde—. Tripa de oveja o de cabra, a su gusto, señor; perfumado, tres cuartos de penique más. Para ustedes sería gratis, caballeros, por supuesto —añadió educadamente, saludando con la cabeza al tiempo que inclinaba la botella una vez más sobre el recipiente de Stubbs.

—Gracias —dijo Grey cortésmente—. Tal vez más tarde. —Apenas se fijaba en lo que decía, pues su atención había recaído en una hilera de botellas con tapón.

«Sulfuro de mercurio», rezaban las etiquetas de algunas de ellas, y «*Guaiacum*» en otras. El contenido parecía diferir en su aspecto, pero la descripción era la misma en ambos casos:

*Para el tratamiento rápido y eficaz de la gonorrea,
el chancro blando, la sífilis y otras enfermedades venéreas.*

Por un momento, a Grey se le ocurrió la absurda idea de invitar a Trevelyan a cenar y echarle una de aquellas prometedoras sustancias en el plato. Por desgracia, tenía demasiada experiencia para confiar en cualquiera de aquellos remedios; un buen amigo, Peter Tewkes, había muerto un año atrás, después de serle administrada

una «salivación» mercuríca para tratarle la sífilis en el hospital de St. Bartholomew, tras haber fracasado varios intentos con medicamentos especializados.

Grey no había asistido al proceso en persona, ya que por entonces se hallaba exiliado en Escocia, pero lo había seguido a través de varios amigos mutuos que visitaron a Tewkes y que le describieron con profunda emoción los nocivos efectos del mercurio, tanto en aplicaciones externas como ingerido.

No podía permitir que Olivia se casara con Trevelyan si realmente estaba afectado; sin embargo, tampoco deseaba ser arrestado por intentar envenenarlo.

Stubbs, siempre sociable, se estaba dejando llevar hacia una conversación sobre la campaña en la India; los periódicos llevaban la noticia del avance de Clive hacia Calcuta, y todo Londres estaba expectante.

—Sí, y precisamente uno de mis primos está con el mismísimo Clive —decía el boticario, irguiéndose con evidente orgullo—. En el Ochenta y uno, y no encontrarán mejores soldados sobre la verde faz de esta Tierra —sonrió, mostrando su blanquísima dentadura—, mejorando lo presente, por supuesto, señores.

—¿El Ochenta y uno? —preguntó Stubbs, perplejo—. Pensaba que había dicho que su primo estaba en el Sesenta y tres.

—Así es, señor, bendito sea. Tengo varios primos, y en la familia abundan los soldados.

Atraída de nuevo su atención hacia el boticario, Grey empezó a darse cuenta de que había algo un poco raro en aquel hombre. Se acercó a él y lo observó disimuladamente por encima del borde de su frasco mientras bebía. Scanlon estaba nervioso... ¿por qué? Su pulso se había mantenido firme al servir el licor, pero tenía el rostro crispado y la mandíbula apretada de un modo

que se desdecía con su profusa y desenfadada charla. El día era caluroso, pero no hacía tanto calor en la tienda como para justificar el sudor que humedecía las sienes del boticario.

Grey echó un vistazo en derredor, pero no detectó nada anómalo. ¿Acaso Scanlon ocultaba algún negocio ilícito? No estaban lejos del Támesis; Puddle Dock, donde habían encontrado el cadáver de O'Connell, estaba justo en la confluencia entre el Támesis y el Fleet, y seguramente cualquiera que viviera por la zona y tuviera una barca podía dedicarse a pequeños trapicheos. Un boticario estaba especialmente bien situado para disponer de mercancías de contrabando.

No obstante, si tal era el caso, ¿por qué iba a alarmarse por la presencia de dos oficiales del ejército? El contrabando era cosa de los magistrados de Londres, o del servicio de aduanas, tal vez de las autoridades navales, pero...

Desde arriba les llegó claramente el ruido de un golpe.

—¿Qué es eso? —preguntó vivamente, alzando la vista.

—Oh, sólo es el gato —se apresuró a responder el boticario con un ademán displicente—. Unas malditas criaturas los gatos, pero los ratones son aún peores, así que...

—Nada de gatos. —Grey observaba las vigas del techo, de las que colgaban manojos de hierbas secas. Mientras los miraba, uno de los manojos tembló brevemente, y luego el que tenía al lado; un fino polvo dorado cayó desde el techo y sus motas se hicieron visibles en el haz de luz que entraba por la puerta.

—Ahí arriba hay alguien caminando.

Haciendo caso omiso de las protestas del boticario, Grey se acercó a la cortina de hilo a grandes zancadas y la apartó. Se encontraba ya a la mitad de la angosta escalera con la mano en la empuñadura de su espada antes de que Stubbs se hubiera recobrado de la sorpresa lo bastante para seguirlo.

La habitación de arriba era minúscula y mísera, pero el sol entraba por un par de ventanas e iluminaba una mesa desvencijada, un taburete... y a una mujer de peor aspecto, boquiabierta por la sorpresa, pillada en el momento en que iba a depositar un plato con pan y queso sobre la mesa.

—¿La señora O’Connell?

La mujer volvió la cabeza hacia Grey y éste se quedó helado. Tenía la boca hinchada, los labios partidos y una brecha de color rojo oscuro en la encía inferior, donde le faltaba un diente. Los dos ojos estaban tan inflamados que eran apenas dos rendijas, y su rostro parecía una máscara de magulladuras amarillentas. Milagrosamente, la nariz no estaba rota; el fino caballete y las delicadas ventanas sobresalían en medio del desastre, contrastando con el conjunto por su piel blanca y pecosa.

La mujer se llevó una mano a la cara, volviendo la espalda a la luz como si se avergonzara de su aspecto.

—Yo... sí. Soy Francine O’Connell —musitó entre el abanico de los dedos.

—¡Señora O’Connell! —Stubbs dio un paso hacia ella y se detuvo, incapaz de decidir si debía tocarla—. ¿Quién... quién le ha hecho esto?

—Su marido. Y ojalá su alma se pudra en el infierno. —El comentario procedía de detrás, y el tono era informal. Grey se volvió y vio al boticario entrando en la habitación. Sus modales seguían siendo despreocupados, al menos en apariencia, pero toda su atención estaba centrada en la mujer.

—Su marido, ¿eh? —Stubbs, que no era ningún estúpido a pesar de su jovialidad, agarró al boticario por las manos y les dio la vuelta para examinar los nudillos a la luz. El hombre toleró la inspección con aparente calma y luego retiró las manos, en las que no se apreciaba ninguna marca. Se acercó entonces a la mujer, como si

aquella acción le hubiera dado derecho a hacerlo, y se quedó junto a ella, emanando una tranquila confianza.

—En efecto —dijo, conservando aún la calma, al menos en apariencia—. Tim O’Connell era un buen hombre cuando estaba sobrio, pero cuando bebía... era un demonio en forma humana, ni más ni menos. —Movi6 la cabeza con los labios apretados.

Grey intercambi6 una mirada con Stubbs. Era cierto: ambos compartían el recuerdo de haber sacado a O’Connell de la cárcel en Richmond, tras una tormentosa noche de permiso. El policía y el carcelero llevaban en el rostro la marca de O’Connell durante el arresto, pero ninguno de los dos estaba tan mal como la señora O’Connell.

—¿Y qué relación tiene usted con la señora O’Connell, si puede saberse? —pregunt6 Grey cort6smente, aunque la pregunta sobraba; veía el cuerpo de la mujer inclinándose hacia el boticario, como una enredadera privada de su espaldar.

—Pues soy su casero —respondió el hombre con calma, poniendo una mano en el codo de la señora O’Connell—. Y un amigo de la familia.

—Un amigo de la familia —repiti6 Stubbs—. Sin duda. —Sus grandes ojos azules descendieron hasta posarse deliberadamente en la cintura de la mujer. Bajo el delantal, el vientre abultado mostraba un embarazo de unos cinco o seis meses. El regimiento, y el sargento O’Connell con él, había regresado a Londres hacía apenas seis semanas.

Stubbs mir6 a Grey con ojos inquisitivos. Éste alz6 un hombro levemente, luego inclin6 la cabeza en un gesto apenas perceptible. Quienquiera que hubiese matado al sargento O’Connell, era evidente que no se trataba de la señora O’Connell, y en cualquier caso, no les correspondía a ellos negarle el dinero.

Stubbs soltó un leve gruñido, pero metió la mano en la casaca y sac6 una bolsa que arroj6 sobre la mesa.

—Una pequeña muestra de nuestra estima —dijo, en un tono claramente hostil—. De parte de los camaradas de su marido.

—El dinero de la mortaja, ¿eh? No lo quiero. —La mujer ya no se apoyaba en Scanlon, sino que se había erguido. Pese a los moretones, su palidez era evidente, pero su voz se alzaba firme—. Quédenselo. Enterraré a mi marido yo sola.

—Es curioso —dijo Grey cortésmente— que la mujer de un soldado desee rechazar la ayuda de sus camaradas. ¿Cree usted que será por su mala conciencia?

El rostro del boticario se ensombreció al oír estas palabras y apretó los puños a los costados.

—¿Qué insinúa? —preguntó—. ¿Que ella lo mató y que rechaza sus monedas porque se siente culpable? ¡Enséñales las manos, Francine!

Agarró las manos de la mujer y las mostró bruscamente en alto. La mujer tenía el meñique de una mano vendado debido a una astilla, pero no había más marcas que algunas cicatrices de quemaduras antiguas y las asperezas del trabajo diario; eran las manos de cualquier ama de casa demasiado pobre para permitirse una criada.

—No creo que la señora O'Connell matara ella misma a su marido de una paliza, desde luego —replicó Grey, con tono todavía educado—. Pero la cuestión de la mala conciencia no tiene por qué referirse únicamente a sus propios actos, ¿no cree? También podría aplicarse en el caso de actos realizados en su favor... o a petición suya.

—No es mala conciencia. —La mujer se desasíó de Scanlon con súbita brusquedad y el rostro tembloroso. Sus emociones oscilaban como corrientes marinas bajo la piel amoratada mientras miraba a un hombre y a otro—. Les diré por qué rechazo su regalo, señores. Y no es mala conciencia, sino orgullo. —Los ojos

hinchados dirigieron a Grey una mirada dura y resplandeciente como el diamante—. ¿O creen acaso que una mujer pobre como yo no tiene derecho a su orgullo?

—¿Orgullo de qué? —quiso saber Stubbs, y volvió a lanzar una mirada acusadora a su vientre—. ¿De su adulterio?

Stubbs se sorprendió desagradablemente al ver que la mujer se echaba a reír.

—¿Así que adulterio? Bueno, ¿y qué? No fui yo quien empezó. Tim O'Connell me dejó el año pasado en primavera; se juntó con una puta de burdel, eso hizo, y se llevó el poco dinero que teníamos para comprarle baratijas. Cuando volvió aquí hace dos días, era la primera vez que lo veía en un año. De no ser porque el señor Scanlon me ofreció trabajo y alojamiento, sin duda me habría convertido en la ramera que ustedes creen que soy.

—Mejor ramera de un hombre que de muchos, supongo —musitó Grey, poniendo una mano sobre el brazo de Stubbs para impedirle que soltara más exabruptos—. Aun así, señora —prosiguió, alzando la voz—, no veo por qué no ha de aceptar un regalo de los camaradas de su marido para el entierro, si realmente no se siente culpable en modo alguno por su fallecimiento.

La mujer se irguió de nuevo y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Quiere que coja su bolsa y utilice el dinero para que digan palabras bonitas sobre su maloliente cadáver? O peor aún, ¿que encienda velas y compre misas por una alma que está ardiendo en el infierno, si es que hay justicia en la otra vida? ¡No pienso hacerlo, señor!

Grey la observó con interés y cierta admiración. Luego miró al boticario para ver cómo recibía aquella declaración. Scanlon había retrocedido un paso; sus ojos estaban fijos en el rostro magullado de la mujer y fruncía levemente las pobladas cejas.

Grey se colocó bien la gola de plata que le colgaba del cuello,

luego se inclinó y recogió la bolsa de la mesa y la hizo tintinear suavemente en la palma de la mano.

—Como quiera, señora. ¿Desea rechazar también la pensión que le corresponde como viuda de un sargento? —La suma era realmente escasa, pero dada la situación de la mujer...

Ella vaciló unos instantes, luego volvió a alzar el mentón.

—Eso lo aceptaré —dijo, con una mirada centelleante a través de un ojo casi cerrado—. Me lo he ganado.